

la nueva Arcadia, está una oscura edad media de armadura de acero y una no menos oscura posmodernidad de robotización y ambigüedad. Matar al hombre que cada cual lleva dentro es la mejor manera de dominar a la sociedad imprevisible, convertir al pueblo en esa palabra deleznable, masa. Pues la masa es la ruptura de las personalidades, la amalgama de hombres sin sustancia.

Laín Entralgo, dilucidando sobre el tema de la personalidad como máscara escribe: «En rigor, la máscara lo es cuando simultáneamente expresa y oculta: oculta la individual personalidad del enmascarado y expresa la voluntad de éste de «parecer» a los demás —en ocasiones también a sí mismo— lo que la máscara representa.²¹ Así la máscara es una coraza de la delicada interioridad que se protege de los otros y un artificio, adrede, para representar ante los demás al que no se es y se quiere ser. Doble juego y gran riqueza de contrastes. Siguiendo a Ortega la vida es un proyecto vital es decir un plan, no siempre una realidad acabada, un logro que haya coronado todas las perspectivas. La vida depende de uno mismo, pero también está marcada por los demás. Por la voluntad, pero también por el azar y la necesidad. El hombre es lo que quiere ser, lo que sueña ser, no lo que es. Pues este ser, muchas veces no es lo que quiso, sino lo que vino a ser en la dialéctica de su yo con los otros, que pudieron alentar o coartar sus aspiraciones. Cuando alguien espontáneamente se disfraza de algo, se personifica en lo que no es porque no tuvo voluntad para serlo o se lo impidieron.

Más adelante indica Laín: «En su dimensión más profunda, la máscara, uno de los inventos más antiguos de la humanidad, manifiesta la constitutiva aspiración del hombre a ser todo lo que su limitación le impide ser». Objetivamente el hombre es lo que es; pero en una dimensión más profunda es también lo que quiere ser. Esa sub-personalidad latente puede llegar a ser mediante la máscara, como una personalidad irreal, artificiosa. En la imaginación siempre tendrá el hombre una razón para ser optimista. La realidad es, a veces, tan cerrada como un sepulcro. Sólo mediante el ensueño se sale de su estricto reducto. «Soñemos, alma, soñemos»,²² decía el tan considerado realista (por algunos) Galdós y que no lo era; véase como muestra el rescate necesario de su teatro. La vida no puede tener sólo un camino y mucho menos, aquel que traza la sociedad, la familia o ese amplio contorno de uno mismo que llamamos circunstancia. Existe el camino soñado, el que rectifica e ilumina al camino real. Descubrir y desarrollar la personalidad sumergida de cada uno, será no sólo una tarea educativa, sino un principio de armonía social, pues estando a gusto consigo mismo, «siéndose» plenamente, también se está en concordia con los demás.

5. El reino de la identidad

Fernando Pessoa, persona de múltiples personalidades escondidas o heterónimas, escribe: «He creado en mí varias personalidades. Creo personalidades constantemente. Cada sueño mío es inmediatamente, en el momento de aparecer soñado, encarnado

²¹ Laín Entralgo, op. cit., 2.º vol., p. 160.

²² Artículo inaugural de Benito Pérez Galdós en la revista *Alma Española*, Madrid, 8 de noviembre de 1903.

en otra persona, que pasa a soñarlo, y yo no».²³ Para algunos, una vida ya es demasiado. Para otros es de todo punto insuficiente. Y necesitan imaginarse otras. Los artistas inventan realidades, que multiplican la realidad «real», la corrigen de imperfecciones. Los escritores crean obras y personajes que modifican y mejoran su vida limitada. El hombre común asiste al teatro o al cine, ve la televisión, y «vive» en «otras» vidas de tragedia, comedia, novela o celuloide «sus» existencias, posibles y complementarias. No puede estar solo ni en sus sueños. Su imaginación crea la necesidad del otro, bien en otras personas reales, o en imágenes de sí mismo y de sus obsesiones. En el mismo fragmento continúa Pessoa: «Para crear, me he destruído; tanto me he exteriorizado dentro de mí, que dentro de mí no existo sino exteriormente. Soy la escena viva por la que pasan varios actores representando varias piezas». El creador se destruye a sí mismo para «realizar» su obra. Su «yo», de hombre mortal, se escinde en otros yos, protagonistas, antagonistas, agonistas como Unamuno y el mismo Pessoa. El novelista hace a los personajes dialogantes, en la concordia o el enfrentamiento. También para el dramaturgo los personajes obedecen a unas reglas de diálogo. Pero en el poeta de heterónimos como Pessoa el yo se destruye en otros yo, solitarios, no dialogantes. Esos «alter-ego» destruyen al «ego» y se adueñan de la escena del alma. Para Pessoa como hombre-en-la-muerte, muriente, sin duda eran los más importantes, sus personajes «encarnados» en autores imaginarios pero inmortales. El hombre real es limitado en la personalidad por dos fuerzas contrarias, la que se impone desde sí mismo y la que imponen los demás. La personalidad es un resultado, pero también una deficiencia. Cada cual es una consecuencia imperfecta de decisiones personales entre múltiples posibilidades y de imposiciones de los otros. La personalidad es un desarrollo del hombre y al mismo tiempo un sacrificio de sus sentires íntimos. Pessoa resume en un fragmento muy breve: «Encontrar la personalidad en la pérdida de ella —la misma fe abona este sentido de destino—».

Ser lo que se quiere ser y no lo que se es. ¿Hay aquí alguna forma de inautenticidad? El presente es el más real de los tiempos, pero el más efímero. Es y ya deja de serlo. El pasado fue, es la herencia que se tiene, pero ya no es vida. El futuro es el proyecto que indica posibilidad. En una plenitud de vida, los tres tiempos elementales deben estar incardinados entre sí. Nadie puede vivir enteramente en el pasado —ni siquiera los historiadores— sin ser un retrógado o vivir exclusivamente en el futuro sin ser tenido por loco. Aquellos que dicen vivir siempre en el presente, exprimiendo la vida, tal vez la pierden.

La vida no es estado —un presente inamovible—, sino cambio del pasado al futuro, sangrando en el presente. Todo pasado es siempre peor, insatisfactorio. Lo más importante del hombre —si realmente está vivo— es lo que todavía no ha hecho, el camino incierto que se extiende ante él. Si lo más determinante es el pasado, entonces el hombre ha cerrado su trayectoria vital y es un muerto aunque continúe en vida.

El hombre es lo que espera ser, un proyecto de esperanza. ¿Qué es sino la modificación de la naturaleza por obra de la voluntad? Creer (querer) es poder. La esperanza

²³ Véase Fernando Pessoa, Libro del desasosiego, fragmento 31, introducción y traducción de Angel Crespo, Editorial Seix Barral, Barcelona, 1984.

es la energía del alma. Es el sueño dinamizado, convertido en proyecto vital. El exceso de realidad conduce al pesimismo, a la angustia. ¿Cómo superar las romas perspectivas de la realidad? Remontando el vuelo a través de la esperanza, haciendo que los sueños sean la realidad almada de idealismo. Para la mayoría de los hombres la vida no es ni bella, ni heroica, ni siquiera agradable. Consumiendo platos de la vulgar realidad no «realizan» su condición humana. ¿Por qué no pueden vivir otra realidad posible y ensoñada? Escribe Laín en *La espera y la esperanza*:²⁴ «Porque lo que todo hombre puede y debe esperar es aquello con lo cual se pone a prueba su disposición para ser esforzada y eficazmente “hombre en la historia” y por tanto para alcanzar el “reino de la identidad” que Marx previó». Ser «hombre en la historia» es ser persona. No hay identidad y sí alienación cuando ese hombre no puede o no le dejan «realizarse» como persona. La realización siempre es un proyecto en curso, es decir, una posibilidad que espera llegar a ser. Idealidad no es alienación, sino esperanza en la voluntad.

El hombre es en sociedad y se «hace» persona en el con-vivir diario. ¿Cómo ser hombre y persona al mismo tiempo? No desfondándose del hombre interior y vistiendo la máscara de la oposición-comunión entre hombre/persona. Para Laín: «La tragedia de la personalidad es que, sin vivir, es *imposible* ser persona; se es persona en la medida en que se vive. Pero cuanto más se vive es más *difícil* ser persona».²⁵ Las aparentes paradojas son la sustancia de la vida. Paradójico es pretender ser un gran hombre y una excelente persona, pues lo uno es merma de lo otro. La armonía es un deseo más que una realidad. Lo más auténtico de cada uno son sus defectos, aquello que no esconde la pintura de la buena educación o el tamiz de la cortesía. Y sin embargo, mostrarse cada uno tal cual es, sería un acto de brutalidad. El hombre puede manifestarse como un energúmeno, pero la persona también puede exhibir su careta de artista de variedades.

La vida no es una verdad, sino una metáfora, entre el ser y el parecer. Se es hombre, visceralmente. Escribe Laín: «Ahora bien: la única manera posible de que una cosa sea otra es la metáfora, el ser como un “cuasi ser”».²⁶ ¿Imitación? Más bien desplazamiento de identidad, esquizofrenia. Desde la antigüedad presocrática sabemos que nada es, que todo se transforma. «Panta rei» decía el siempre moderno Heráclito. La misma vida como cambio y representación. ¿Una comedia? Tragicomedia, digamos, pues debajo del fingimiento hay un profundo desgarró. Como en la metáfora el juego más sorprendente, y el mayor riesgo, consistiría no en ser el que se parece ser, sino el que en absoluto se es, el que se quiere ser. Pues la metáfora más atrevida es aquella donde se pierde toda idea de semejanza para ser una imagen sorprendente y absurda.

Y así llegamos a la idea de la personalidad «sorprendente», que no es otra cosa que la imagen o escenografía del hombre «singular». Ser, verdaderamente es existir, desviarse en la dialéctica de las atracciones opuestas, la «yoidad» y la representación social. Cuanto más hondo es el hombre interior, más necesidad tiene para equilibrarse de mostrar una personalidad extravagante. El «extrañamiento» de su recóndita interioridad (contemplar sus entrañas como rostro) produce curiosidad y fastidio, pues nada hay más

²⁴ Pedro Laín Entralgo, *La espera y la esperanza*.

²⁵ Pedro Laín Entralgo, *La espera y la esperanza*.

²⁶ Pedro Laín Entralgo, *Teoría y realidad del otro*, vol. 2.º, p. 162.